

Santas las dos, las dos en seco iguales,  
Mas en fortuna y en edad distintas:  
Cual la mujer primera, de este mundo  
Al nacer á la luz, jóven, sencilla,  
Ignorante del mal, era la una,  
Al trono mas espléndido elegida.  
La otra mujer, en años avanzada,  
Alta en virtud y en experiencia rica,  
Estimaba en su precio verdadero  
Los bienes y los males de la vida.  
Ambas desde el principio destinadas  
A suertes portentosas é inauditas,  
La una en su seno, estéril tantos años,  
Del profeta mayor estaba en cinta;  
Miriam, cándido lirio de los valles,  
Reina de los cantares escogida,  
Dentro de sí llevaba el germen puro  
Del sumo Sér, del Salvador Mesias.

En las plácidas noches del verano,  
Cuando sobre la tierra que dormita  
Y la tranquila mar, la blanca luna  
Sus dulces rayos amorosa vibra;  
Por bajo de una higuera agigantada,  
O de un parral só la enramada umbria,  
Con sencillez servíase el banquete  
De aquella ilustre patriarcal familia:  
El tierno corderillo, alimentado  
Con la yerba aromática que crian  
Aquellos altos montes; frescos peces  
Cogidos de Sidon en las orillas,  
Y miel silvestre, acaso disputada  
Al tronco secular de alguna encina;  
Y en cestas de anchas hojas de palmera  
Graciosa y diestramente entretejidas,  
De Jericó los dátiles sabrosos  
Que á la mesa del César se servian,  
Juntos con los allónsigos de Alepo,  
Los duraznos de Armenia, las sandías  
De Egipto, y otras frutas delicadas,  
En rica profusion se repartian.  
Y el balsámico vino que producen  
De la fértil Engaddi las colinas,  
En ánforas de piedra conservado  
Del sumo sacerdote Zacarías;  
En vasos de riquísimas labores,  
O en copas de topacio y ametistas,  
En torno á los alegres convidados,  
Escanciaban los siervos á porfía.  
Circundada de tal magnificencia,  
Parca empero Miriam, cual la avecilla  
Que en medio á los racimos del otoño  
Hace de un solo grano su comida,  
De blancos lacticinios y de frutas  
Se alimentaba, y por final bebía  
Una taza pequeña de agua pura,  
En su querida fuente recogida.

Al fin de los tres meses, fué llegando  
Para Isabel el venturoso dia  
De dar la luz al precursor profeta,  
Fragante flor de su vejez marchita.  
Mas apenas del riesgo libertada,

Cuando aprestos espléndidos se hacian  
A celebrar con la debida pompa  
El feliz nacimiento del Bautista;  
De aquel mundano, atronador tumulto,  
Cual paloma asustada huyó MARIA,  
Y dejando los montes de Judea,  
De Nazaret la senda conocida  
Tomó, despues que en su dorada cuna  
Bendijo y abrazó al moderno Elías.

## LIBRO SETIMO.

### LA VIRGEN MADRE.

#### I.

De vuelta á Nazaret, la humilde vida  
Volvió á emprender Miriam acostumbrada,  
Que pudiera olvidar envaneada,  
Viéndose á tantas glorias ensalzada:  
Al querer de su esposo sometida,  
Dulce, activa, prudente, recatada,  
La oracion, el trabajo y la lectura,  
Toda ocupaban su existencia pura.

Empero mas visibles y patentes,  
Se hacian de su estado las señales,  
Y amarguísimas dudas y dolientes  
Recelos, las entrañas paternales  
De José desgarraban vehementes;  
Que aunque ajeno de amores terrenales  
Su corazon, inmenso en él ardía  
Místico y puro amor por su MARIA.

Y no ya los rencores que atormentan  
Los estrechos humanos corazones;  
Ni las turbias borrascas que alimentan  
En el mortal volcánicas pasiones,  
Que justicia y honor le representan  
De un ciego pundonor las sujeciones;  
Ni el vástago de estirpes soberanas  
Lloraba aquel ultraje de sus canas.

No; lloraba con llanto inconsolable,  
Del ángel puro la mortal caída;  
Lloraba con dolor imponderable  
Su ya perdido amor, su fé perdida;  
La dulce paz, el júbilo inefable,  
Los blandos goces de su santa vida,  
Perdidos para siempre lamentaba,  
Y lágrimas amargas derramaba.

Negábase á creer no pocas veces  
La vista de sus ojos persuadidos,  
Y testimonios de comprados jueces  
Juzgaba el acusar de sus sentidos;  
El cáliz del dolor hasta las heces  
Apurando con ayes doloridos,  
Preguntábase así, si las señales  
Que via no eran sombras infernales.

Mas un dia llegó, que ya imposible  
La duda fué: los propios habitantes  
De Nazaret, del casto é invisible  
Lazo que habia entre ellos ignorantes;  
Un agudo puñal en el sensible  
Corazon, con sus plácidos semblantes  
Y parabienes mil que le ofrecieron,  
En su ignorancia crudos sumergieron.

¿Qué partido quedaba al buen esposo  
En situacion tan triste, tan horrenda?  
Segun la ley judáica, al ominoso  
Crimen, la muerte solo daba enmienda.  
Y de baldon cubríase afrentoso  
El varon israelita que en su tienda,  
En su hogar, y en su honrosa compañía,  
A una mujer adúltera sufría.

¿Cómo al través del tenebroso muro  
Formado del revuelto torbellino  
Del duelo amargo y del dudar oscuro,  
Hallar de salvacion algun camino?  
En medio al laberinto, un rayo puro  
José imploraba del fulgor divino;  
Mas sordo el cielo á su gimiendo ruego,  
Negábale la luz al santo ciego.

En tanto, desde el trono refulgente  
En millares de soles apoyado,  
Que fundó para sí el Omnipotente,  
Y está á los mismos ángeles velado;  
Dirije una mirada complaciente  
Sobre el esposo triste, el Increado;  
Y aunque su hondo jemir piadoso escucha,  
Le deja solo en la tremenda lucha.

Y el coro de sus ángeles queridos,  
Fijos los ojos en el noble anciano,  
Esperan de temor estremecidos  
El fin de aquel combate sobrehumano:  
Y al ver tanto valor, enternecidos,  
Vueltos á su temido soberano,  
Del que lucha en favor sumisos oran,  
Y en una voz su omnipotencia imploran.

José, de su Señor abandonado  
En la noche sin fin caliginosa  
A su propio vigor, mas sustentado  
Por su alma sublime y valerosa,  
De una idea feliz iluminado,  
Tomó resolucion tan jenerosa,  
Que si hubiera pasion sobre las nubes,  
Envidiaranla acaso los querubens.

Condenar era justo á la culpable,  
Repudiándola, al llanto y abandono;  
Mas era su suplicio inevitable  
De sus propios parientes al encono:  
Quiso, pues, en su amor incomparable,  
No solo perdonarla, el noble trono  
Darla tambien que nunca niega el mundo  
A la virtud y al padecer profundo.

Y aceptando sumiso de antemano  
El desprecio y baldon innmerecido  
Aun de sus propios deudos, el anciano  
Se preparó, á la fuga decidido:  
Turbia la vista, trémula la mano,  
Trabaja aún en el taller querido,  
Testigo, ¡ay triste! de pasadas glorias,  
Hoy fuente de amarguísimas memorias.

Muy luego en las regiones apartadas  
Donde le lleva su infeliz destino,  
Por sendas peligrosas é ignoradas,  
Irá vagando el pobre peregrino:  
Leyes, usos, costumbres ignoradas,  
¿A quién preguntará por su camino?  
¿Acaso algun hogar serále abierto  
Del mundo en el vastísimo desierto?

Y aun cuando encuentre un techo hospitalario,  
Un seno amigo, en extranjero suelo;  
¿Quién habrá que al mendigo solitario,  
De su perdido amor le dé consuelo?  
¿Quién abrirá el asilo funerario  
Dó presto le ha de hundir su desconsuelo?  
¿Quién regará con llanto de sus ojos  
La tierra en que descansan sus despojos?

Las auras de la patria tan queridas,  
Sus selvas de azahar embalsamadas,  
Sus auroras de fuegos encendidas,  
Sus noches tan serenas y calladas:  
Las aguas de sus fuentes bendecidas,  
Sus nubes blanquecinas y azuladas,  
Los parientes amados, los amigos,  
Que del perdido bien fueron testigos;

Y el techo desigual que levantaron  
En mas felices dias sus mayores,  
Las modestas estancias que habitaron,  
Recuerdo perenal de sus dolores;  
Y aquellos toscos muebles que labraron,  
Testigos de su dicha y sus amores,  
¡Todo, en fin, lo que caro es en la vida,  
Abandona en su amarga despedida!

Mas una noche que en el triste lecho  
En inquieto dormir desahogaba  
Con hondos ayes el dolor del pecho,  
Parecióle mirar que iluminaba  
Una luz celestial el cuarto estrecho,  
Y un ángel del Señor la derramaba,  
El cual con voz suavísima, argentina,  
Mas que el rumor de la aura vespertina:

“Hijo del gran David, no acongojado  
Estés, ni en tales dudas sumergido;  
El niño que tus penas ha causado,  
En el seno purísimo nacido  
De Miriam, del Señor es hijo amado,  
Y por él será el mundo redimido;  
Y aunque tiene en el cielo eternos nombres,  
Jesus será llamado entre los hombres.”

Dijo y desapareció.—Del blando sueño  
Recordando José la gran dulzura,  
El rostro antes tristísimo, risueño  
Se alzó al amanecer el alba pura:  
Y solícito, amante y halagüeño,  
Creyendo apenas la inmortal ventura,  
Con voz llena de encanto y de alegría,  
Como á su reina saludó á MARÍA.

## II.

Como acaso al volver al patrio suelo,  
Do al traves de los mares se encamina,  
Sobre un altivo escollo el raudo vuelo  
Detiene la viajera golondrina:  
Y en el nido fugaz, vecino al cielo,  
De donde la estension del mar domina,  
Ajena al rebramar del viento airado,  
En el antiguo piensa nido amado:

Así Miriam, ignara del tremendo  
Rujir de las borrascas de la vida,  
Pura y sin mancha en medio al torpe estruendo  
De la mundana jente corrompida,  
Notar no pudo aquel martirio horrendo  
Que, al juzgarla el patriarca envilecida,  
Rasgó su corazon tan noble y fuerte,  
Con mas crudo dolor que el de la muerte.

Ella siente su alma enajenada  
En puras é inefables alegrías;  
Dia y noche, confusa y agitada,  
Escucha misteriosas armonías  
Que entonan en redor de su morada  
En coro las celestes gerarquías,  
Mientras callan los vientos bramadores,  
Y el cófiro se aduerme entre las flores.

¿Cómo explicar en lenguas terrenales,  
De senso oscuro y áspero sonido,  
La suma de rubores virginales  
Y de gozo y de amor enardecido,  
Que cuando en sus entrañas maternales  
El Verbo del Señor se ha estremecido,  
Sienten su corazon y su alma pura,  
Llenos de aquella insólita ternura?

¿Amor de madre! amor acá en la tierra  
Imágen pura del amor divino;  
Sentimiento clarísimo que encierra  
Cuanto hermoso del cielo al mundo vino:  
Iris de paz en la continua guerra  
De las pasiones que nos dió el destino,  
Bálsamo celestial, gozo del alma,  
Puerto seguro de apacible calma!

¿Divina emanacion de un Dios piadoso,  
Consuelo en los dolores inefable,  
Amor constante, fino, generoso,  
Indulgente, benigno, inalterable:  
Don del Omnipotente el mas precioso,

Pródigo de perdon para el culpable,  
Copiosísima fuente clara y pura,  
De júbilo perenne y de ventura!

Que cuando de este amor la viva llama,  
De la pobre mortal naturaleza  
El lodo vil con su fulgor inflama,  
Depura y aquilata su impureza:  
Y en él torrentes de virtud derrama,  
Y el corazon levanta á tal alteza,  
Que entonces la mujer, ángel del cielo  
Parece, desterrado en nuestro suelo.

¿Qué madre vacilar puede un instante  
Dicha en sacrificar, fortuna y vida,  
Por ver feliz y del dolor triunfante  
La dulce prenda de su amor querida?  
¿Qué riesgo á detener será bastante  
A quien la misma muerte no intimida?  
¿Qué dolor grande, ni llorar prolijo,  
A la que con morir salva á su hijo?

Que si su llama ardiente y generosa  
Basta sola á engendrar virtudes tales  
Y abnegacion tan fina y valerosa  
En los comunes pechos maternales;  
¿Cuánto mas levantada y poderosa,  
Y fecunda en afectos celestiales  
Y abnegacion sublime, no seria  
En el seno dichoso de MARÍA!

Ella, que ama en su hijo al Dios que adora,  
Al esposo de que anda enamorada;  
Eterno amor que dentro á su alma mora  
Desde que al vivir del mundo fué creada:  
Suavísimo recuerdo que atesora  
En la region mas noble y apartada  
Del tierno corazon, que Dios le diera,  
Porque en su santo amor se consumiera!

Tierno boton, que en el jardin ameno,  
Del aura acariciado fresca y pura,  
De viva savia y de perfume lleno,  
Llega á la perfeccion de su hermosura;  
Y sin abrir al roedor veneno  
De reptil ponzoñoso ó de aura impura,  
El cáliz virginal de azul y oro,  
De su aroma real guarda el tesoro.

Tal el virgíneo pecho de MARÍA,  
De manchas libre ó corporal flaqueza,  
Puro como la luz del rey del dia,  
Intacta conservaba su entereza;  
Y el amor maternal que en él ardía,  
Mayor intensidad, mas fortaleza  
Tuvo y debió tener, que los amores  
Propios de esta mansion de los dolores.

Virgen de toda culpa inmaculada,  
Criatura de Dios mismo elegida,  
Sobre el mortal caduco sublimada,  
Sobre el eterno coro enaltecida;  
Hízola Dios su esposa muy amada,

Y entre él y nuestra raza maldecida,  
Ella fué la divina mediadora,  
Del pecado primer reparadora.

La sola entre las hijas de este mundo  
Que nació sin la mancha del pecado;  
La sola cuyo vientre fué fecundo,  
Sin ser en su pureza amancillado:  
Misterio santo, altísimo, profundo,  
No entendido, y empero venerado  
Por el audaz mortal, que impío niega  
Cuanto no alcanza á ver su vista ciega.

Así al través del vaso cristalino  
Nos llega á iluminar la lumbre pura;  
Así del sol el rayo diamantino,  
Sin romper de las aguas la tersura,  
Penetra el deslumbrante torbellino  
Tal vez al fondo de la mar oscura,  
Semejando en sus olas rebramantes,  
Del iris los espléndidos cambiantes.

Virgen y madre á un tiempo.—Perfumado  
Capullo y á la vez fragante rosa;  
El bien aun de nosotros alejado,  
Y de aquel bien la posesion dichosa:  
La esperanza á la vez y lo esperado;  
La anhelante inquietud, la paz sabrosa,  
Tal el misterio fué que dió fecundo  
Fruto de vida y libertad al mundo.

## BELEN.

## III.

¿Adónde envanecido  
Me arrastras, ardoroso pensamiento?  
¿Do vuelas, atrevido,  
Con raudo movimiento,  
Ambas las alas desplegando al viento?

¿Cómo á escalar te atreves  
Esa region de tan suprema altura?  
¿Cómo en alas tan leves  
Alcanzar la ventura  
De contemplar de Dios la lumbre pura?

Gusanillo ambicioso  
Del suelo, en mariposa convertido,  
Que al cielo esplendoroso  
Remontas decidido,  
En tan frágiles alas sostenido:

¿Do irás, que no te canse  
En breve la asperísima subida?  
¿Do será que descanse  
Tu fuerza enflaquecida,  
En lucha á tu vigor tan desmedida?

¿Podrán, sin quedar ciegos,  
Esos tus ojos débiles, mortales,

Que á los solares fuegos  
Se nublan, los raudales  
Contemplar de las lumbres inmortales?

Frágil vaso de arcilla,  
Al choque mas ligero quebrantado,  
En cuya mente brilla  
Un destello emanado  
Del soberano rey de lo creado

¿Qué es el mortal, en suma,  
Mezcla de lodo y del fulgor divino?  
¿Bomba fugaz de espuma,  
Que en su raudo camino  
Hizo y borró en el mar el torbellino!

Y empero, desbocado,  
Mas allá de su sér ansioso mira....  
¿Es su esplendor pasado  
Perdido, el que suspira,  
O á mas glorioso porvenir aspira?

Hay un voraz deseo,  
Que su mezuino sér constante agita;  
Un turbido mareo,  
Que sin cesar le incita,  
Y en vórtice sin fin lo precipita.

Y tú, mortal poeta,  
De flaca voz y genio limitado;  
¿Podrás á la alta meta  
Llegar afortunado,  
A tan humildes cantos avezado?

En la tiniebla oscura,  
Funesto don de la ignorancia humana,  
¿Aspira tu locura  
A ver la soberana  
Luz, que del trono del Señor emana?

Mas no; que reverente  
El vate, contra el polvo prosternando  
La antes altiva frente,  
No orgulloso cantando,  
¿Las glorias del Señor irá adorando!

Y de la fé del cielo  
En las fulgentes alas sostenido,  
¿Acaso en raudo vuelo  
Remonte enardecido,  
Do el sumo resplandor vive escondido!

## IV.

Las águilas impías  
Dominaban señoras, del romano,  
Sobre naciones cultas y bravías:  
El galo y el hispano,  
El picto y el indómito germano;

Y el sármata invencible,  
En su árido desierto, y el numida

Con su corcel terrible,  
Y el chino, cuya vida  
De la lid pasa lejos homicida;

Y el elocuente griego,  
Y el persa en los tejidos afamado;  
Y el abisinio ciego,  
Y el copto iluminado,  
En ciencias tenebrosas iniciado:

Y en fin, desde el Oriente,  
Cuna del Salvador afortunada,  
Hasta el rico Occidente;  
Vecina ó apartada,  
Pobre ó rica, desierta ó habitada;

Region no habia alguna  
Que no rindiese humilde vasallage  
De Roma á la fortuna;  
Ni viviente linage,  
Que no prestara al César homenaje.

Así, al imperio bravo  
De Roma, se humillaba entero el mundo,  
¡Esclavo de un esclavo!  
Que Roma, al yugo inundo  
Del sensualismo en crímenes fecundo,

Inclinaba la frente,  
De regiones vastísimas señora:  
—La reina prepotente  
A quien el mundo implora,  
¡Al brutal apetito esclava adora!

Y el mundo entero gime,  
Las antiguas virtudes olvidadas,  
So el yugo que le oprime;  
Las leyes conculcadas,  
Las mas santas costumbres despreciadas!

—Tributaria Judea,  
El trono de David era ocupado,  
No de familia hebrea;  
Un extranjero odiado  
Era el rey, vil esclavo coronado.

Cumplido empero el cuento  
Del mundo en las edades, de los dias  
Que al fausto nacimiento  
Del Redentor Mesías  
Anunciaban las altas profecías:

El César Octaviano  
Quiso contar la inmensa muchedumbre  
Esclava del romano;  
Y de su servidumbre  
A aumentar la ominosa pesadumbre,

Ordenó que se hiciera  
Un empadronamiento escrupuloso,  
En el cual se inscribiera  
Con el menesteroso,  
El altivo magnate poderoso.

Y sus gobernadores,  
Del edicto imperial desapiadado,  
Fieles ejecutores,  
Al mundo esclavizado  
Obedecer hicieron lo mandado.

## V

Fieles José y MARIA á la costumbre  
Seguida en Israel desde remotas  
Edades, de inscribirse por familias  
Y tribus; la romana ley premiosa  
Apenas conocida, resolvieron  
Dirigirse á Belen sin mas demora.  
Era aquella ciudad, patria felice  
De David; y José y su casta esposa,  
Descendientes de aquel, la contemplaban  
Su nativo pais y cuna propia.

Del otoño era el fin.—Torrentes raudos,  
Desde la cima de las altas rocas,  
Con horrible fragor hasta los valles  
Llevaban sus corrientes bramadoras:  
Silbaba el aquilon del Norte frio,  
Al traves de las ramas ya sin hojas  
Del cedro y terebinto, que en los llanos  
Se burlan de sus iras destructoras;  
Y el cielo azul, de viajadoras nubes  
Cubierto, que los astros encapotan,  
Que se acerca ya el tiempo anuncia al hombre,  
De la nieve voraz devastadora.

Una mañana nebulosa y fria,  
Emprendieron la marcha fatigosa  
José y Miriam.—La jóven cabalgaba  
Sobre el manso animal, que á las matronas  
Pobres servia en dilatados viajes  
Por aquellas comarcas arenosas.  
A pié de ellas, no lejos, caminaba,  
Vástago ilustre de prosapia heroica,  
Pensativo el esposo, meditando  
En las promesas del Señor gloriosas.  
A las cinco jornadas descubrieron,  
Ceñida de amenísima aureola  
De viñas y de olivos inmortales,  
La ciudad de los reyes.—Ricas tropas  
De jóvenes ginetes, que atrevidos  
Espolean las yeguas voladoras,  
Y mujeres ilustres, revestidas  
De sedas y de púrpuras costosas,  
Montados en camellos, atraviesan  
De Belen por la senda á todas horas;  
Y al pasar de los pobres peregrinos  
Al lado, una mirada desdeñosa  
Acaso les dirigen, ignorando  
Que va en ellos de Israel la gloria.

Fuera de la ciudad, noble se alzaba  
Edificio de fábrica orgullosa,  
Cuyas blancas paredes, de aquel marco

De olivos y viñedos que corona  
Los collados vecinos y montañas,  
Al sol se destacaban.—Presurosa  
Dirigió la feliz cabalgadura  
A aquel punto José. Mas con zozobra  
Oyó que ya lugar ninguno habia  
Do descansara su afligida esposa.  
Entonce á la ciudad siguió el camino;  
Mas en vano sus calles tortuosas  
En busca recorrió de algun albergue:  
Todos los belenitas, con faz torva  
A recibir negáronse al viajero  
De apariencia mezquina y sospechosa.

En tanto, el denso velo ya estendia  
De nubes densas y apiñadas sombras  
Sobre el altivo monte y la llanura,  
La noche, del descanso protectora:  
Y José, en su afliccion, desesperando  
De encontrar un asilo, con llorosa  
Faz resolvió salir á la campiña,  
Ya sumergida en las tinieblas hondas.  
—A la parte del Sur, y no muy lejos  
De la dura ciudad, caliginosa  
Habia una caverna, caro asilo  
Tal vez en las borrascas bramadoras,  
De pastores á un tiempo y de ganados.  
Allí José y Miriam, en fervorosa  
Oracion, juntamente bendijeron  
De Dios la omnipotencia previsora.

Y allí, cuando rasgando el negro velo  
Con que al mundo cubrió la niebla oscura,  
Señala media noche á nuestro suelo  
El astro luminoso en el altura;  
Sin humano dolor, al rey del cielo  
Encarnado en terrestre criatura,  
Dió á luz la esposa del Señor, MARIA,  
Llanto de amor llorando y alegría.

Las auras de la noche suspiraron,  
Mansas las olas de la mar gimieron,  
Sus fuegos los volcanes apagaron,  
Los prados de sus flores se vistieron:  
Las estrellas del cielo se agitaron  
Y con mas viva luz resplandecieron;  
Y en himnos mil de júbilo, triunfales,  
Resonaron las arpas celestiales.

## VI.

Cerca del establo  
Hay un prado ameno,  
Do muchos pastores  
Junto á sus corderos  
Pasaban la noche,  
Las iras temiendo  
De feroce tigre  
O chacal sangriento:  
Cuando de zozobras  
Están mas agenos,

He aquí que de pronto  
Descienden al suelo  
De una luz divina  
Los puros reflejos;  
Y un jóven gallardo,  
De la luz en medio,  
A quien los zagales  
Ven de espanto llenos,  
Con voz mas suave  
Que el blando ceceo  
Es del hijo caro  
Al amor materno:

“No temais, les dijo,  
Que soy mensajero  
De paz y alegría  
Al vasto universo.  
Hoy mismo ha nacido,  
De Belen no lejos,  
Por decretos altos,  
Quien del mundo es dueño:  
Y aunque soberano  
De tronos é imperios,  
Da y quita á los hombres  
Coronas y cetros;  
No en sumos palacios  
Ni alcázares régios  
Le busqueis; de toscos  
Pañales cubierto,  
Sobre húmeda paja  
Yace el rey del cielo!  
Acudid, pastores;  
Zagales, id presto:  
Sed al gran Mesías  
En ver los primeros:  
No tardeis, dichosos  
Pastores hebreos,  
Y en vuestro camino,  
Mas raudos que el viento  
Llevadle tributos  
De amor y respeto:  
¡Mirad que es nacido  
El rey de los cielos!

Y en medio á los aires,  
Un sonoro estruendo  
De angélicas voces  
Contestó á lo lejos:  
“Gloria en las alturas  
Al Señor eterno,  
Y al hombre sencillo  
Y de honrado pecho,  
Paz y bienandanza  
Del mundo en el suelo.”  
Y entre blancas nubes  
Subiendo á los cielos,  
Mas y mas remotos  
Se fueron oyendo  
De aquellos cantares  
Los límpidos ecos.  
Cuando de la noche  
Las brisas gimieron,  
Solas en el prado

Y en el bosque ameno,  
Juntos los pastores,  
Teniendo consejo,  
A Belen dichosa  
Pasar resolvieron,  
Sus pobres rebaños  
Dejando contentos  
Bajo la custodia  
Del Pastor supremo,  
Cuya sombra amiga  
Cubre á un mismo tiempo  
Al hombre orgulloso  
Y al humilde insecto.

Entonces tomaron  
Algunos modestos  
Presentes: nevados  
Corderillos tiernos;  
Entre verdes hojas  
Con cuidado envueltos,  
Requesones blancos  
Y sabrosos quesos;  
Leche fresca y pura  
En cántaros nuevos;  
Pieles adobadas,  
Y en pajizos cestos  
Los áureos racimos,  
Y frutos diversos  
Que son del Otoño  
Preciado ornamento.  
Y alegres tomaron  
El limpio sendero  
Que recto conduce  
De David al pueblo;  
Mas cuando vecinos  
Al establo fueron,  
Por secreto impulso  
Entráronse dentro:  
Allí en cuna humilde  
De juncos y helechos,  
El rostro cercado  
De fúlgido fuego,  
Al sumo Mesías  
Reclinado vieron.  
Miriam, inclinada  
Cabe el pobre lecho,  
Estasiada adora  
Al divino Verbo;  
Mientras el anciano,  
De allí no muy lejos,  
Ante el tierno niño  
Con hondo respeto  
Su cabeza cana  
Inclina hasta el suelo.  
Y dos animales,  
Fieles compañeros  
Del sábio que huye  
Del mundano estruendo,  
Como si capaces  
De luz, muy atentos  
Mirar parecían  
De Dios los misterios;  
¡Tan pobre y humilde,

Si leal cortejo,  
Cercaba la cuna  
Del Rey de los cielos!

Apenas el grupo  
Los pastores vieron,  
Puestos de rodillas,  
Gozosos los pechos,  
Sus rústicos dones  
Al Cristo ofrecieron:  
Y un rayo de luna  
Pálido y sereno,  
Ilumina el cuadro  
Con fulgor incierto.—  
¡Venturoso día!  
¡Triunfador momento!  
Al débil vagido  
Del párvulo tierno,  
Allá en los altares  
De sus ricos templos!  
Los dioses mentidos  
Del túrbido Erebo,  
Con susto temblaron,  
De rabia gimieron,  
Viendo el fin cercano  
De su impuro reino;  
En tanto que el mundo,  
De su dicha ageno,  
Tranquilo descansa  
En brazos del sueño.

## VII

Los sencillos pastores  
De Judá, por los ángeles llamados  
A ser de los humanos precursores  
En tributar al gran recién nacido  
Homenajes de amor, á sus hogares  
Volviéronse asombrados,  
El prodigio contando enaltecido  
En dulces y tiernísimos cantares.

Mas era ya venido  
El tiempo en que á los hombres otros labios  
De mas autoridad, noticia dieran  
Del gran suceso en Bethlem cumplido.  
Los de sencillas almas han creído,  
Ahora toca á los reyes y á los sabios.

Siguiendo de una estrella  
La marcha caprichosa,  
Al traves de la atmósfera azulada;  
De Seleucia la bella,  
Capital de los parthos afamada,  
Partió una caravana numerosa:  
Tres magos, sapientísimos varones,  
De su nacion orgullo y altiveza,  
De numerosos siervos escoltados,  
Cabalgando en camellos abrumados  
So la alta pesadumbre  
De muchos, ricos y preciosos dones

Destinados á aquel que en la pobreza  
Quiso nacer del mundo; se encaminan,  
Del astro amigo á la esplendente lumbre,  
A la feliz Belen: á diestra mano  
Dejan detrás de sí, como declinan,  
Del Eufrates undoso al seco llano  
De destrozados mármoles cubierto,  
El campo solitario  
Do en otro tiempo fuera Babilonia.

El viento del desierto  
Rompe solo el silencio funerario  
De aquella inmensa tumba,  
Y su alentar, que en ecos mil retumba  
Con lúgubre ruido  
En el campo de muerte despoblado,  
Semeja á un hondo, fúnebre gemido,  
¡De Dios mismo lanzado  
Sobre los restos del poder pasado!

Delante de los regios caminantes,  
Tal como la columna luminosa  
Que á la playa arenosa  
Del Rojo mar guiara en otros días  
Las fugitivas turbas palpitantes  
Del pueblo de Israel; en las sombrías  
Noches, y cuando el sol en su carrera  
De luz inunda la terrestre esfera;  
La estrella conductora,  
De la dicha del mundo anunciadora,  
Como mortal viajero, caminando,  
Ya recta, ya oblicuando,  
En el campo del cielo esplendoroso,  
Va en curso caprichoso,  
Su camino á los magos señalando.

Y cuando del reposo  
El hora del viajero apetecida  
Llega, la clara estrella, suspendida  
Sobre las tiendas candidas, parece  
Que en su lecho de nubes se adormece:  
Y la aurora venida,  
Da otra vez la señal de la partida.  
Así pasando van por la llanura  
Tan rica de verdura,  
De la opulenta Asiria y sus ciudades;  
La populosa Arbela,  
La rica Cangamela,  
Do del gran Macedon al fuerte brío,  
Quedó deshecho el infeliz Darío:  
Y aquel funesto ejemplo á las edades,  
El campo do fué Ninive altanera,  
Que en inflamada hoguera  
Del cielo en rojos mares desprendida,  
Castigo de sus torpes liviandades,  
Toda quedó en pavesas reducida,  
Del alto templo á la cabaña oscura.

Y siguiendo en la altura,  
De la estrella la marcha infatigable,  
Pisaron la comarca bendecida  
De la Mesopotamia: deleitable  
Region, entre los cauces comprendida

Del Eufrates y el Tigris caudalosos;  
Y luego en los senderos arenosos,  
A la lumbre del astro que camina,  
Entraron en la seca Palestina.

Por fin, á la mitad del claro día,  
Cuando el sol mas fulgente relucía,  
Las elevadas torres divisaron  
De una grande ciudad, cuyas agudas  
Veletas, en los aires descollaban  
Sobre las cimas áridas, desnudaban  
De las montañas mil que la cercaban.  
Y los pechos henchidos de alegría,  
“¡Jerusalen! ¡Jerusalen! gritaron,”  
Y á la Sion terrestre saludaron.

Mas de la sed ardiente  
Fatigados, llegaron con premura  
A apagarla en la linfa trasparente  
De una cisterna oculta en la verdura,  
Que á la orilla del árido camino  
Les deparó el destino.  
Desalterados ya, la amiga estrella  
Volviéronse á mirar; mas los cuitados,  
Ni el astro luminoso, ni su huella  
Pudieron descubrir; desorientados  
A la santa Salen se dirigieron:  
“Esta es, sin duda, la ciudad, dijeron,  
Cuna feliz del joven rey Mesías,  
Que anuncian las antiguas profecías:  
¡A qué dudar?—Por la primera puerta  
Que entremos en Salen, las colgaduras  
Preciadas, las esencias olorosas,  
Los ramos de palmera entretegidos,  
Los alegres sonidos  
De las arpas hebreas; las ruidosas  
Danzas, y los triunfales alaridos,  
Bastante nos dirán, sin duda alguna,  
Dónde del niño rey yace en la cuna.”

Mas al entrar por la ferrada puerta  
De la ciudad famosa,  
Melancólica, mustia y silenciosa,  
Cual si de hombres hallárase desierta,  
La vieron con espanto. Una espaciosa  
Calle tomaron, en la cual se vían  
De distancia en distancia, algunos hombres  
Que el extranjero séquito miraban,  
Y entre sí recatados departían,  
Y en torno de los sábios se apiñaban.

Entre tanto, los magos preguntaban  
Por el rey inmortal recién nacido;  
Pero los salemitas se admiraban:  
“¿En dónde habeis oído  
Esa nueva feliz?” les respondían;  
Y con aire de duda sonreían.  
“El que reina en Judá no es el Ungido  
Del Señor, ni del pueblo el escogido:  
Es un vil extranjero,  
Quien del trono á los bárbaros comprado,  
No tiene por fortuna un heredero.”